

Discurso leído por don Jenaro Cardona Valverde

Señores Académicos:

Tengo la honra de presentarme ante vosotros, para cumplir con lo que dispone el artículo 5º del Reglamento de nuestra institución, a fin de ocupar el puesto para el cual os servisteis elegirme en agosto del año próximo pasado, para llenar la primera vacante ocurrida en esta Academia, por la sentida muerte de nuestro inolvidable compañero, el prestigiado escritor don Carlos Gagini.

Fué el señor Gagini uno de nuestros más distinguidos literatos: filólogo erudito, apasionado por el estudio y las especulaciones en toda clase de problemas artísticos y sociológicos, educador ilustrado, consciente de los altos deberes que impone ese sacerdocio, acaso el más excelso a que puede aspirar el hombre, el de encender auroras en las sombras de las conciencias que empiezan a despertar y a vigorizarse: novelista ameno, poeta inspirado que supo guiar gallardamente el Pegaso de su fantasía por los campos del más puro clasicismo: autor teatral aplaudido que laboró con acierto feliz en los ricos filones del regionalismo y supo esmaltar algunas de sus producciones con un humorismo fino, de crítica sutil, que sabía provocar la risa sabrosa, con esa plácida sencillez de quien sabe vestir la idea con el ropaje apropiado y presentarla muy donosamente; sentía la emoción y sabía crearla, darle forma impecable, ya en su prosa sonora y cristalina de diáfanos períodos, de ática sencillez, ya en su verso de castiza dicción. Pero, sobre todo, descolló el señor Gagini como filólogo y autor de obras didácticas de mérito positivo. Estas labores del maestro Gagini, son muy justamente apreciadas en España y en todos los países de la América Española, por todos aquellos que se preocupan del estudio y depuración de nuestra hermosa habla castellana. Con frecuencia es citado aquí y fuera de aquí, como autoridad consagrada en materias filológicas.

La labor del señor Gagini en los diversos campos de las letras, es vasta y valiosísima: ¿a qué enumerar ahora esos trabajos conocidos por todos los que me escuchan?

La juventud costarricense que tuvo la oportunidad de recibir sus sabias lecciones y sus valiosos consejos paternales, esa que disfrutó por mucho tiempo de la sombra benefactora del maestro, que como árbol de espléndido follaje sabía comunicar su grata frescura, impregnada del perfume de su alma, siempre vibrátil a los nobles, encandecidos entusiasmos de su espíritu juvenil, a pesar de sus años vividos, debe a la memoria del señor Gagini un hondo sentimiento de gratitud y de

cariño y Costa Rica debe contarle en el número de sus hijos predilectos, porque supo honrar el nombre de su patria y darle lustre, si es que acaso no perduran los erróneos prejuicios de que la labor intelectual, por intensa y meritoria que sea, no merece, de parte de los *modernistas prácticos*, otra cosa que una sonrisa de simulada conmiseración, al recordar *que no fué más que un intelectual*: así, casi despectivamente, se titula a aquellos que reparten a puñados el oro de su ingenio, en vez de guardar en la lucha de Sancho, las peluconas que aseguran el pan y la cebolla del diario yantar.

Yo os invito muy cordialmente a dedicar en estos momentos tan solemnes para mí, un cariñoso recuerdo al académico desaparecido, cuya muerte ha sido golpe rudo para la Academia Costarricense, cuando apenas iniciaba sus labores esta institución: os invito a recordar que mi ilustrado antecesor supo, durante el curso de una vida laboriosa, noblemente vivida, consagrada al culto de la belleza, al culto del arte, en todas sus manifestaciones, limpiar, fijar y dar esplendor al habla castellana.

Antes de continuar, deseo presentar a todos mis ilustrados colegas, el testimonio de mi profunda gratitud, de mi sincera simpatía, por la elección con que su exquisita benevolencia me distinguió, para el sillón que con tanto brillo ocupara el ilustrado académico señor Gagini.

*
* *

No voy a cansaros con la lectura de un discurso académico; nunca fué motivo de mi predilección echar por esos trigos de Dios mi pobre intelecto, más amigo de corretear libremente por los montes y collados de la fantasía, que ceñirme al concretismo especulativo en materia de lenguaje, sobre el cual tanto se ha escrito por los doctos especializados en tareas que han menester largos estudios y amplia preparación. Sin embargo, deseo en el transcurso de esta descarnada disertación, recordar algo acerca de la lenta formación, transformación y depuración de la lengua castellana, que, como el diamante, después de milenaria gestación, ha logrado cristalizarse y ser la piedra preciosa por excelencia, foco de luz en cuyos iris encuentra la idea ropajes de los más espléndidos colores, para ser vestida y ataviada con la riqueza de una antigua reina oriental.

En la obscura noche de los tiempos, ya el hombre primitivo de la espelunca, debió comunicarse con sus semejantes, en fuerza de sus necesidades materiales, con gestos y gritos articulados, que fueron la base, el primer signo para la formación del lenguaje. No es aventurado suponer que muchas voces onomatopéyicas hayan llegado hasta nosotros desde aquellos tiempos, y que hayan perdurado en fuerza de su enorme valor fonético, que supo imprimirles la necesidad fuertemente sentida de una manera de expresión adecuada. Fué esa la primera chispa, el *quid divinum* manifestado, que debía, andando los siglos, iluminar todo un universo.

Motivo de grandes meditaciones, de estudios profundos y complejos, sería seguir al través de los tiempos, hasta donde ello fuera posible, esa gestación laboriosa, que dió vida y esplendor a las lenguas neolatinas, en especial a la castellana. Trabajo ciclópeo, si recordamos, por ejemplo, que la letra A, que según un tratadista ha sido considerada como la más noble, antigua y excelente de las vocales, y que es la primera en todos los alfabetos conocidos, a excepción del etíope, en el cual ocupa el décimotercio lugar, está representada de 175 diversas maneras. ¿Y qué decir de la formación de los primeros alfabetos, lentamente enriquecidos con nuevos signos, obedeciendo a nuevas necesidades de expresión, a nuevas leyes fonéticas?

Formada la lengua latina, en el rodar de los tiempos, sufrió como todo en la vida, la ley de la desintegración, naciendo de su rico venero la lengua castellana, a la cual afluyeron, como arroyos tributarios, muchas otras, llevando nuevos elementos de expresión y de graficismo.

Según el erudito estudio de don S. Calleja, titulado *Apéndice*, la Lengua Castellana, nuestra lengua, fué enriquecida, además, por: palabras no latinas, que recibió el castellano del latín: por palabras latinas que recibió el castellano de otros idiomas: por palabras tomadas por el castellano, de lenguas extrañas al latín: por palabras tomadas de la lengua arábiga; y por las tomadas de la lengua griega, que hace subir a más de 1,300.

También el vascuence aportó no pocos vocablos, aun cuando no en la proporción que algunos han creído, pues se ha incurrido—según el tratadista citado—en errores manifiestos atribuyendo origen vascongado a palabras que, mejor estudiadas, se ha visto ser latinas.

“Y llega lo más glorioso de la Edad Media”. Don Angel Salcedo Ruiz, en su resumen crítico de la Historia de España, edición de 1914, dice:

“Hacia siglos que el romance castellano iba elaborándose en labios del vulgo, despreciado por los doctos, que no veían en él sino una jerga bárbara, producto de la corrupción del latín. Algunos documentos han quedado en que puede observarse la transformación sucesiva y constante del idioma: en un privilegio, por ejemplo, nada menos que del siglo VIII, entre las palabras latinas vense ya las de *rocino*, *mula*, *cálices*, *cruce de argento*, *frontales*, y *campanas de ferro*. Por mucho tiempo se ha creído que lo más antiguo conocido, escrito en lengua castellana, es la carta-puebla de Avilés, otorgada por Alfonso VII en 1155. Así lo creyeron Risco, Campomanos, Martínez Marina, Ticknor, Amador de los Ríos y González Llanos, pero la severa crítica del primer Marqués de Pidal y de don Aureliano Fernández Guerra,—el primero en su discurso de recepción en la Academia Española y el segundo en su opúsculo, el *Fuero de Avilés*, ha demostrado que tal documento es apócrifo. La primacía corresponde al poema del *Mío Cid* y este poema no es otra cosa sino uno de tantos *Cantares de Gesta* como los juglares castellanos del siglo XII cantaban en las plazas públicas, en los caminos, en las cámaras de los castillos, enalteciendo a los héroes nacionales, del mismo modo que los primitivos poetas helénicos cantaron a

los héroes de la guerra de Troya, formando la epopeya que después, arreglada y retocada por los retóricos, fué la *Iliada*. La lengua española tenía ya forma precisa, estaba salvada: en ella escribíanse desde luego, poemas religiosos y *misterios*, poemas eruditos, como los de Gonzalo de Berceo, que, dejando el latín, escribe:

“En romanz paladino
en qual suele el pueblo hablar a su vecino”, etc.

y muchos otros libros cuyos títulos omito, para no alargar más esta cita. No voy a detenerme en hacer resaltar el auge y la grandeza a que llegó la literatura española en el siglo XVII, en el cual florecieron tantos ingenios, entre ellos, el Príncipe de las letras castellanas, ni a seguir reseñando ese florecer de brillantes lapidarios de nuestra habla, que ha llegado a ocupar el primer puesto en la mentalidad mundial.

España, orgullosa de su bandera, de su psicología patriota, audaz, *caballescica* y más que todo, orgullosa de su habla, tiene fundada desde 1713 su Real Academia de la Lengua, si bien es cierto que 135 años después que la francesa, 13 años después que la alemana, lo fué 13 años antes que la inglesa, lo cual la coloca entre las primeras naciones que se preocupan de la conservación, engrandecimiento y depuración de su lengua, sol esplendente que ilumina las conciencias, no sólo de la madre patria, sino también de veinte naciones que piensan, oran y cantan en la más dulce, sonora, flexible y musical de las lenguas neolatinas.

No es que un egoísmo explicable y en gran parte justificado, me ciegue para escribir lo que dejo expuesto. Cuánta flexibilidad, cuánta música, qué de giros airoso, qué de expresiones en sus infinitas modalidades, cuánta gracia y donosura encierra en su verbo divino la lengua castellana: cómo suenan los períodos en la prosa flúida, cincelada y repujada con el amor de un Benvenuto, cómo repercuten en nuestra alma sus notas celestes, que deleitan y seducen hasta lo indecible, los versos de los grandes poetas castellanos: de tal modo juegan, chocan, se confunden, parecen relampaguear las frases precisas definitivas, para llegar al *Fiat Lux*, que enciende en el alma la emoción y la colma de gratisimas sugerencias.

Don José Fola Igúrbide, en su conceptuoso libro *Teoría del Arte*, dice entre otras cosas: “—¿No se advierte de un modo clarísimo que el espíritu del Quijote es superior al de Cervantes? ¿Dónde tiene ningún autor humano la grandeza con que se ofrecen a nuestra contemplación los dioses del arte? Pequeño queda todo autor ante su obra cuando la eleva sobre el nivel ordinario de la vida humana”.

Pero, se dirá: eso es obra del genio creador: sí, ciertamente, pero ese genio no habría podido engendrar un hijo espiritual que vive y vivirá “en una humanidad elevada y luminosa” si la lengua en la cual fué creado no le hubiere infundido esa alma inmortal que le hace resplandecer con todos los atributos de la más perfecta belleza.

Ya veis, pues, si son dignos de la más ferviente loa, los constantes trabajos y desvelos de la Real Academia Española, para mantener en todo su esplendor la belleza de nuestra lengua, depurándola de

aquellos términos improprios que la filosofía del lenguaje rechaza y defendiéndola de la irrupción de galicismos, pues bien sabido es que la lengua francesa es la que más ha contribuído a alterar y corromper la nuestra, y enriqueciéndola con aquellos neologismos que las leyes filológicas aconsejan para vigorizar la expresión y dar más amplitud a la mentalidad de la raza.

Defender la patria y defender la lengua: he ahí dos deberes igualmente nobles para el hombre civilizado; si la patria reviste para nosotros la idea corpórea, el país, la ciudad, el valle, en los cuales vivimos y recibimos las primeras impresiones de la vida, la lengua constituye el alma de nuestra alma, la luz de nuestro pensamiento, la palpitación de nuestra conciencia, el vínculo que une como lazo de fraternal y luminosa simpatía, a los hombres de una misma raza.

Las palabras compuestas "lengua patria", "lengua materna" dan idea exacta, comprenden bien claramente los más altos amores del hombre sobre la tierra. *Patria, Madre, Lengua.*

Muchos de vosotros habréis experimentado seguramente, la gratísima emoción, cuando en algún país extranjero, cuya lengua nos es desconocida, escuchamos en circunstancias excepcionales, algún diálogo, algunas palabras expresadas en nuestra propia lengua. No hay música que con más deleite pueda ser oída por el ser humano. Salta en seguida en nuestra mente, la idea de que tenemos ante nosotros, algo que nos es querido en grado sumo, algo que amamos sobre todas las cosas: es el vínculo divino de la lengua que nos ha cautivado como arte de magia, que nos ha unido a una persona a quien vemos por primera vez, y a la cual, es seguro, no volveremos a ver más.

Es de tal modo indispensable en la educación individual, escribir correctamente la lengua materna, que no hay nada que cause un desencanto mayor, que deje la más triste idea de la cultura y condiciones de una persona, cuando la vemos incurrir en esas horribles faltas ortográficas o prosódicas, que nos parecen un desacato imperdonable hacia algo muy alto, muy noble, digno de nuestra veneración: se nos ocurre aquello un delito vergonzoso digno de censura. En cambio, ¡qué diferente impresión nos causa la persona que sabe producirse con la corrección debida!: gana desde luego nuestra simpatía y se lleva de nosotros la consideración de ser una persona de dotes y condiciones apreciables.

Antes de terminar, deseo manifestar aquí la viva complacencia con que he visto la institución en Costa Rica, de la Academia correspondiente de la Real Española, felizmente integrada por personalidades de mérito indiscutible—excepción hecha de mi persona—y de las cuales hay derecho a esperar una labor asidua y eficaz en pro de los fueros del lenguaje.

Que cada cual aporte a la lámpara—conspicuo emblema de nuestra institución—su gota de aceite, para que siempre brille y dé esplendor a la hermosa habla castellana.